



María Solar

QUOKKA MOKA

Ilustraciones de Víctor Rivas

ANAYA

Título original: *Quokka Moka* (Edicions Xerais, 2019)

1.ª edición: septiembre, 2019

© Del texto: María Solar, 2019

© De las ilustraciones: Víctor Rivas, 2019

© De la traducción: María Jesús Fernández, 2019

© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., 2019

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

www.anayainfantilyjuvenil.com

e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

ISBN: 978-84-698-4868-5

Depósito legal: M-20463-2019

Impreso en España - Printed in Spain



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADO

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

María Solar

QUOKKA MOKA

Ilustraciones de Víctor Rivas



ANAYA

*Para todas las personas
que respetan a los demás
sean sus mundos del derecho
o del revés.*

*Para Aldara y Martín,
que siempre me hacen reír.*

Roco murió de amor

Roco murió de amor, literalmente. Murió aplastado a causa del amor. Y no fue el único: como él, muchos de sus primos, amigos y conocidos habían muerto de amor en la carretera que llevaba a la laguna en la que se bañaban los sapos hembra al anochecer. Era una laguna pequeña, rodeada de altos juncos, con el agua llena de hierbas que brotaban en su interior y donde volaban cientos de apetitosos mosquitos y croaban montones de hembras de sapo. Un paraíso idílico a no ser por aquella traidora carretera que los machos trataban de atravesar a saltos y eran sorprendidos por las ruedas de los coches que ni siquiera reparaban en ellos.

Cada vez que sentían la llamada del amor, el croar de las hembras se hacía irresistible. Como si

un centenar de sirenas cantaran junto a un barco y todos los marineros se tuvieran que tirar por la borda, sin remedio, para seguir las, aun sabiendo que allí encontrarían una muerte segura. Así sucedía también con los sapos y las ranas. Ellas cantaban y ellos cruzaban como locos la carretera para seguir las, pero pocos lo conseguían. Los coches pasaban y los aplastaban sin inmutarse. Pero los sapos seguían intentándolo día tras día, no podían evitarlo, era cosa de su instinto.

¡Cuántos enamorados no llegaban nunca junto a su amada! Era una tragedia cotidiana. Roco solo era uno más de los aplastados que alfombraban de verde el asfalto.

Quokka Moka, en cambio, saltaba mucho más ágilmente que todos aquellos sapos. Pasó entre ellos con cuidado de no volver a aplastarlos en uno de sus saltos. Los pobres estaban planchados como el papel de un folio. Entre todos distinguió a Roco. Se paró un momento junto a él. Allí estaba, verde como siempre, con aquella piel rugosa y feúcha, y con la lengua tan larga que le asomaba fuera de su boca de sapo. Era él, pero aplastado. Como si le hubieran pasado un rodillo por

encima, así estaba. Daba mucha pena, era tan joven... Quokka Moka le sonrió al cadáver como muestra de respeto y siguió su camino por la otra orilla de la carretera, del lado contrario a la laguna, a través de un pequeño sendero entre las hierbas que se había ido dibujando de tanto pasar por él día tras día, siempre a la misma hora. A ella no le hacía ninguna gracia cruzar sonriendo entre los sapos aplastados, pero qué le iba a hacer, era una quokka.



Aquel viaje ritual de Quokka Moka comenzaba cada amanecer, cuando era la primera que se despertaba en su madriguera, calentita entre sus

familiares. Más que una madriguera, era una cueva en la que la larga familia de los quokka vivía sonriente. Eran cuarenta y cinco, todos parientes. Solían dormir apretaditos unos contra otros para darse calor, algunas veces incluso demasiado, pero la noche era larga y las mañanas frías, por eso bien juntitos se estaba mejor. En aquel revoltijo de quokkas durmientes había cierto orden. Moka, por ejemplo, se acostaba siempre entre Toka y 6, hermanas suyas. Pero eso era lo de menos, no dormía con ellas porque fueran de la familia, de la familia eran todos, lo hacía porque no roncaban, no olían mal y se despiojaban con frecuencia. Y además, 6 tenía una pancita muy agradable para usarla como almohada.

Su madre y sus padres solo habían tenido hijas. Es decir, la madre de Quokka Moka solo había tenido hijas con sus distintos esposos. Entre los quokkas, eso es así. Lo que no suele suceder es que todas las crías sean hembras. Eso era muy raro. Todos en la cueva se habían quedado extrañados. Pero, dejando al margen ese tema, el caso es que 6 era la primera de las hermanas numéricas. Mamá les había puesto

nombres justo hasta Moka: Boka, Coka, Poka, Toka y Moka. A partir de ahí, se le secó el cerebro y no se le ocurrió ni un solo nombre femenino más, así que las otras eran 6, 7 y 8.

Los quokka son muy parecidos a los canguros, pero tienen con ellos tres diferencias importantes. Primera, que son mucho más pequeños. Segunda, que en vez de haberlos a miles por todas partes, los quokkas están en peligro de extinción. Y, todavía una diferencia más, la tercera: que los quokkas sonríen. Sonríen siempre. Todo el tiempo. Tienen una sonrisa en la cara, es su gesto normal, no hay que hacerle, sonríen. Pueden arrugar la cara, apretarla, levantarla, bajarla, girarla, torcerla, estirla todo lo que dé de sí, pero la sonrisa no se va. Los quokkas sonríen. De día y de noche. Apenados o contentos. Sonríen.

Y eso mismo le pasaba también a Quokka Moka. Cuando estaba triste, sonreía. Cuando lloraba, sonreía. Cuando se enfadaba, sonreía. Cuando hacía alguna maldad, lo que era muy habitual en ella, sonreía. Y cuando sonreía... pues también sonreía. Resumiendo, sonreía siempre.

No os vayáis a creer que es fácil sonreír siempre. Todo lo contrario. Sobre todo cuando se tiene tan mal carácter como Quokka Moka que, dicho sea de paso, era un animal realmente insoportable. Era insoportable, pero sonreía, porque ella era una quokka y todos los quokkas sonríen. Así de confuso y retorcido.

Cada mañana se levantaba tempranito, antes que nadie, y salía de la madriguera pisándoles el rabo a todos los demás quokkas para fastidiarlos. Aunque parezca extraño, los quokkas se habían acostumbrado a que Moka les pisara el rabo cada mañana. Soltaban un discreto «¡Ay!», se daban la vuelta y seguían durmiendo.



Después, aprovechando la primera luz del día, Moka ponía rumbo a la cascada. Atravesaba la carretera donde hoy se había encontrado a Roco aplastado y, después de caminar una media hora, llegaba al río. Iba allí para lavarse la cara y para orinar antes de la cascada al grupo de nutrias que vivía debajo de la caída del agua. Eso era lo que hacía cada día: orinar río arriba para que el pis les llegara a las nutrias cuando ellas se duchaban por la mañana. No lo hacía por mal, tampoco por bien, evidentemente. Lo hacía por fastidiar, como todo. Sentía un gran placer haciéndoles jugarretas a los demás. Le proporcionaba un gustito inexplicable e incluso una cierta adicción. No podía dejar de hacer maldades. ¡Se lo pasaba bomba!

En cambio, lo de Roco le había dolido, le había dolido de verdad, por eso aquella mañana estaba triste y llevaba en su cara una sonrisa aún más grande de lo habitual. Pero, por triste que estuviera, no iba a dejar de ir a mearles a las nutrias río arriba. ¡Hombre, no!

Roco era bueno. Un poco simple, como todos los sapos, pero bueno. Era fácil burlarse de él. En

el invierno Quokka Moka le había preparado una buena broma. Lo llevó a la laguna, que estaba completamente helada. Toda el agua se había convertido en hielo blanco y fríísimo. No le costó mucho convencerlo de que, si lamía bien aquel hielo con su larga y áspera lengua de sapo, este se derretiría hasta hacer un hueco por el que saldrían todos los mosquitos que se habían quedado atrapados bajo la capa helada. A la quokka le resultó difícil contar aquella inmensa mentira sin reírse. De hecho, se le escapaba la risa mientras convencía a aquel inocentón para que hiciera lo que le decía. Pero, claro, ¿quién iba a notar que estaba aguantando la risa si una quokka ríe siempre? Roco la siguió hasta la laguna y allí, en la zona donde habitualmente había más mosquitos, comenzó a lamer segregando grandes cantidades de saliva al pensar en la gran panzada que se iba a dar. Lamió, y notó lo frío que estaba el hielo. Relamió, y ya le costó deslizar la lengua por él. Y a la tercera vez, ¡ZACA!, la lengua se le quedó pegada.

Roco pataleaba, movía la cabeza, estiraba el cuello y tensaba la lengua pegada al hielo, mientras Quokka Moka se partía de risa.

—¡Ja, ja, ja, ja...! ¡Me mondo...! ¡Ja, ja, ja...!
¡Es que me muero de risa...! ¡Ja, ja, ja, ja, ja...!
¡Qué tonto eres...! ¡Ja, ja...!

El sapo no conseguía soltarse. Tiró, tiró y tiró desesperado hasta que, ¡FLOP!, la lengua se soltó del hielo de la laguna, pero un trozo se quedó allí pegado. Tanto había tirado que, aunque le faltaba un pedazo, le resultaba complicado replegar el resto de la lengua dentro de la boca porque, al estar estirada y medio congelada, no cabía bien.

—Quoddka Moddka, quiedo que zepaz que edez el zed máz despdeciable y mizedable del univedzo. ¡Malaaaaaaa! —Y Roco se marchó arrastrando la lengua y dejando a su amiga allí tirada en el suelo, patas para arriba y muerta de risa.

Nunca más la lengua de Roco recuperó su longitud normal. Con el tiempo encogió un poco, pero quedó muy estirada y ya para siempre le colgó fuera de la boca, para escarnio público por lo tonto que había sido al lamer el hielo.

Así iba recordando por el camino Quokka Moka a Roco en el día de su muerte, y el recuerdo

la hizo reír, pero después se puso todavía más triste, con los ojos tan llenos de lágrimas que le dificultaban ver el camino. Estaba terriblemente triste, con una gran sonrisa como nunca antes se le había visto. Y con ella llegó a su destino para fastidiar a las nutrias.

Índice

Roco murió de amor	5
Nutrias y topos fastidiados	15
El día que Quokka Moka extinguió su especie	25
Las únicas supervivientes.....	33
La historia del Universo y el Antiuniverso ..	41
El regreso de Roco	53
El mundo del revés	59
El revés solo es revés si hay derecho	73
Los quokkos	85
El accidentado encuentro con Quokko Moko	95
El destino de Moka	103
La hipótesis de Roco	113
Llegó el día.....	125
Tres meses después... ..	139

Los quokKas, una especie australiana de marsupiales en peligro de extinción, son los únicos animales del mundo que siempre sonrían. ¿Te imaginas un animal que sonrío todo el rato pero que es realmente insoportable? Pues esa es nuestra QuokKa Moka. Insoportable hasta hartar.

Un día, sin querer, extermina a su especie. Solo sobreviven ella y su sonriente abuela, que, por cierto, está muy enfadada. Las dos, con la ayuda del espíritu del sapo Roco, su mejor amigo, deben ir al Antiuniverso en búsqueda de los quokkos para intentar recuperar su especie.

UNA DIVERTIDA AVENTURA
ENTRE EL MUNDO DEL DERECHO
Y EL MUNDO DEL REVÉS.



1578555
9

ISBN 978-84-698-4868-5



ANAYA

www.anayainfantilyjuvenil.com